

VANGUARDISTAS Y REVOLUCIONARIOS.
TRADICIÓN Y HERENCIA REVOLUCIONARIA
EN CUBA

Martín López Ávalos
Centro de Estudios Históricos
El Colegio de Michoacán

INTRODUCCIÓN

La formación del Estado nacional cubano es producto de la organización de una élite política siempre definida como revolucionaria en la medida que apela a la insurrección armada como método de acción política. La revolución aparece en momentos clave en la articulación del Estado nacional, es un espacio esencial para comprender dónde surgen las minorías rectoras políticas y cómo, a partir de esta experiencia común, miembros de ella socializan entre sí y van generando lazos que les permiten insertarse en la organización (el partido político) que habrá de controlar al Estado. La élite revolucionaria encuentra en el manejo de recursos nacionales su fuerza y cohesión para transformarse en pequeño grupo selecto del poder, no sólo por el control que tiene sobre el aparato político sino, y sobre todo, por el papel que desempeñan las fuerzas armadas al afianzar los cambios iniciados por la vanguardia. La experiencia de la historia política cubana nos permite establecer dos momentos decisivos para entender este proceso político. En ambos casos

encontramos una constante, la existencia de una vanguardia política que acompaña a una revolución, en 1933 y 1959. Ambas, herederas de una tradición que data de mediados del siglo XIX, y que, en su propia evolución, da forma tanto a la vanguardia como a la revolución que éstas representarán en la vida republicana cubana.

Este proceso abarca tres Repúblicas, la primera inició con la existencia formal de la nación, en 1902, y es producto de la Guerra de independencia e Intervención norteamericana, cuyo corolario fue la Enmienda Platt. La I República (1902-1933) carga con ese pecado de origen que marca las disputas políticas de las élites. La II República (1933-1959) se produce como ruptura, revolucionaria, en contra de la primera, en 1933; ahí surge el modelo de vanguardia en tanto forma de organización para el asalto al poder en contra del principal instrumento de dominación política, el Ejército nacional. La revuelta de los sargentos y activistas universitarios demuestra la validez sobre la tesis insurreccional, al descabezar al ejército de sus oficiales y tomar los cuarteles en nombre de la Revolución, que transita acorde a los nuevos tiempos que corren; produce un Estado nacionalista que lo hermana con las experiencias más relevantes generadas en América Latina. La III República (1959 hasta nuestros días) se emana como reacción a la anterior y se gesta a partir de retomar la herencia insurreccional vanguardista, cuando se rompe el orden constitucional, en marzo de 1952. Originalmente su objetivo era una república restaurada, sin embargo, pronto deviene un nuevo proyecto que la Guerra Fría define como socialista, a diferencia de las dos anteriores que bordean el marco liberal. Ese es nuestro escenario histórico el cual permitirá establecer una serie de regularidades que apuntan a señalar cómo se organizan y desarrollan las élites políticas cubanas a lo largo del siglo XX, principalmente.

Hemos señalado un aspecto que habrá de permitirnos una mejor comprensión de este contexto: la Revolución. Ésta aparece en tres momentos clave de la articulación del Estado nacio-

nal; es un espacio esencial para entender dónde surgen las élites políticas y cómo, a partir de esta experiencia común, miembros de ella socializan entre sí y a través de lazos sociales y políticos se insertan en la organización (el partido) que controla al Estado. Aquí advertimos continuidad más que ruptura. Al mismo tiempo, en cada uno de estos tres momentos, las minorías selectas se caracterizan por controlar los recursos nacionales en su propio beneficio; desde la I República (liberal oligárquica) a la III República (socialista), el manejo de estos recursos les permite fuerza y cohesión como élite del poder. Sin embargo, este proceso no será posible sin una consideración más: la importancia de la organización como instrumento de dominación política. En los tres momentos señalados, el grupo de poder se diferencia por el control que tiene sobre el aparato político por medio del ejército o fuerza armada, de hecho esa es una constante de la organización vanguardista entre las dos últimas repúblicas y punto medular para la élite de la III República.

Este es el verdadero debate en torno a la nueva estructura política generada por la revolución castrista, no es el de la democracia *versus* comunismo, ni mucho menos la dicotomía entre humanismo y autoritarismo. Peculiaridad enraizada en la tradición cubana que las diversas vanguardias asumen como herencia; a diferencia de la tradición europea, donde existe un lazo orgánico con ideología específica que determina el tipo de organización política. En Cuba este lazo es necesario buscarlo en el pensamiento de José Martí y en el modernismo, que definen a la vanguardia como revolucionaria por su noción de ruptura, pero que adquiere su elitismo a partir de la adopción de organización celular al inicio de los años treinta del siglo pasado.

Cuba genera una vanguardia sin la tradición ideológica del leninismo pero que define el derrotero para el reclutamiento político, pasando del activismo estudiantil a la militancia política, cuando es posible y no necesariamente en esta secuencia, y de ahí al profesional de la revolución, el verdadero cuadro de

élite. El espacio de socialización política es, al mismo tiempo, campo de reclutamiento para el selecto grupo dirigente: tanto la insurrección de los sargentos como el primer gobierno de Ramón Grau Sanmartín reúnen a la futura élite del poder encabezada por Fulgencio Batista, el mismo Grau y Carlos Prío Socarrás. Ellos aglutinan los liderazgos partidistas en las décadas cuarenta y cincuenta dentro de los partidos políticos formados alrededor de Batista pero, sobre todo, con la fundación del Partido Revolucionario Cubano, los “Auténticos” y su escisión el Partido del Pueblo Cubano, los “Ortodoxos”. Un examen de antecedentes sobre dirigentes de estas organizaciones políticas nos muestra que llevan una trayectoria marcada, común a todos: del activismo universitario en el Directorio Estudiantil Universitario antimachadista, participación en la revuelta de los sargentos y en el breve gobierno de Grau, entre 1933-1934; y de ahí al partido como fundadores de los Auténticos. Muchos de ellos estarán en la constituyente de 1940 y posteriormente serán ministros de los gobiernos constitucionales de Ramón Grau y Carlos Prío Socarrás.

Los Auténticos son, a su vez, el puente que une al siguiente ciclo; pues con el Partido Ortodoxo se crean las condiciones para la formación de la siguiente generación de vanguardia que apela a esta herencia para restaurar a la república suprimida por el retorno de Batista al poder, mediante un golpe de Estado en 1952. Los Ortodoxos desempeñan un papel importantísimo en la gestación de la nueva vanguardia, su organización permite el proceso de socialización política en una primera instancia, la de formar al núcleo histórico alrededor del liderazgo de Fidel Castro. Después del asalto al cuartel Moncada, el desarrollo vanguardista se amplía en un movimiento que termina siendo absorbido por su vertiente militar, el Ejército Rebelde de la Sierra Maestra.

LA CULTURA POLÍTICA DE LA VANGUARDIA

El cambio fundamental para la historia política cubana viene de las artes. Los intelectuales inician un rompimiento estético que genera un modelo político cuyas repercusiones se ven hasta la actualidad. La transformación de los intelectuales es un paso fundamental para entender cambios posteriores. En este ámbito es donde aparece la noción de vanguardia, conducida a la cultura política cubana como sinónimo de élite dirigente. Nacida como parte del modernismo, su horizonte histórico es la transformación del estado de cosas a través de la revolución. Condenada a ser siempre moderna, la vanguardia sólo puede ser revolucionaria en la medida que el horizonte de la modernidad siempre está en el porvenir.

En 1923, un grupo de jóvenes con inquietudes sociales y políticas organiza el Grupo Minorista. De ahí se ramifican en diversas direcciones, incluyendo la política, pues como explicaba Rubén Martínez Villena,¹ “minoría es sólo una postura estética, en realidad el grupo es un portavoz del pueblo, como expresión de masas, somos verdaderamente la mayoría”.² Paralelamente encontraremos otros grupos juveniles y universitarios que se inician en el activismo como catalizador de procesos más profundos. La lucha por la reforma universitaria en Cuba entra como parte de este desarrollo que permite la incor-

¹ Martínez Villena irrumpe en la escena pública primero como poeta de esta generación, más adelante abandona la poesía (“Nunca más escribiré versos como lo he hecho ahora... ya no siento mi tragedia personal. Pertenezco a los demás y a mi partido...”) para enfocar sus esfuerzos al activismo político que lo lleva a abrazar el marxismo y con él, a la militancia del primer partido comunista de Cuba que terminará por dirigir, como secretario general. Sin duda representa, junto con Julio Antonio Mella, las figuras destacadas en esta generación que brincaron del activismo universitario a la militancia política de izquierda.

² Entre sus integrantes estaban Jorge Mañach, Juan Marinello, Francisco Ichaso, José Z. Tallet, Calixto Masó, Alberto Lamar Schweyer y Félix Lizaso. El 18 de marzo de 1923 aparecen en público al interpelar al ex ministro de justicia del gobierno de Zayas, Erasmo Reguiferos, y externar su condena a “la corrupción política que degrada la patria”.

poración de estudiantes y su aparato organizativo igual que un actor político más. Con la autonomía universitaria, la institución se transforma, como en otros países de América Latina, en fuente de reclutamiento político de primer orden. La Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) se convierte en verdadera escuela política que forma cuadros para los distintos partidos; a lo largo de la II República, muchos de sus futuros dirigentes pasan de la presidencia de la FEU a la militancia política.

Esta nueva generación estaba integrada por cubanos nacidos en la República, educados en el entendido que la Enmienda Platt era una necesidad para mantener con vida al Estado nacional. A diferencia de la generación anterior; donde la Guerra de independencia y la pertenencia al Partido Revolucionario Cubano y el Ejército Libertador, crearon las condiciones para la socialización de sus carreras políticas en los partidos republicanos, ya fueran liberales o conservadores, la carrera política se inició en el activismo universitario de las organizaciones estudiantiles, específicamente en la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de La Habana (FEU) y en su sucesor, el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), primero en torno a típicas demandas de clase media emergente latinoamericana: la reforma universitaria y la obtención de la autonomía institucional, y después las reivindicaciones sociales derivadas del compromiso con la idea de renovación nacional a través de la revolución, propia del concepto de José Martí y del modernismo como corriente estética. La aparición de organizaciones universitarias y su activismo político en contra de un sistema cerrado también nos muestra la nueva ruta de la carrera política; atravesando por el liderazgo estudiantil, que se vincula a estos momentos críticos y define una nueva política. No es extraño que líderes políticos de siguientes décadas transiten del activismo estudiantil al partido político o al movimiento insurreccional, definido no en términos oligárquicos, sino en impulso de renovación nacional, reivindicación de nación inédita para el liberalismo previo. Esta nueva generación empujaba

hacia la redefinición del interés nacional, hasta entonces subordinado, a su vez, al provecho geopolítico norteamericano.

La revolución de 1933 transcurre en cuatro meses: que van desde la rebelión de los sargentos, septiembre, al golpe de la Pentarquía y el fin del gobierno de Grau, en enero de 1934. En ese espacio ocurrieron varios hechos significativos para la historia republicana cubana. Primero, representó la liquidación de la I República y el fin del sistema político que la sostenía desde 1902, también lo podemos apreciar como la conclusión de una crisis iniciada en 1928 y que puso en jaque al sistema de partidos que respondían a una forma de hacer política. El segundo hecho es la irrupción de la vanguardia política; la formación de la Pentarquía posterior a la sublevación de sargentos, es posible gracias a la acción de un grupo de vanguardia, como el Directorio Estudiantil Universitario y organizaciones insurreccionales creadas por sus activistas, que traducen las inconformidades de la tropa en demandas políticas, y que terminan por desplazar a un gobierno que emergió de las viejas prácticas políticas, donde el embajador norteamericano actuó como mediador de conflictos. Tercero, si bien los estudiantes y otros activistas políticos se convirtieron en factor importante en esta coyuntura, el DEU, como organización más representativa, tenía una limitación estructural frente a los soldados y marinos que el ejército traspasaba por su carácter nacional, además de estar habituados a ejercer funciones de control sobre la población; esta tradición es la que permite tener éxito a los sargentos contra los oficiales. Cuarto, la insurrección es posible siempre y cuando se cuente con el apoyo de una parte del ejército.

En estas condiciones, el ascenso vertiginoso de Fulgencio Batista hasta la cúspide de la élite política se explica por la inoperancia mostrada por las instituciones y organizaciones sociales existentes en la Cuba de entonces; por la fragilidad de sus propias estructuras, ninguna estuvo en condiciones de ser el soporte de gobierno alguno; los partidos tradicionales, por

no tener representatividad alguna, mientras que la novel vanguardia todavía no elaboraba un vínculo efectivo con quien decía —o más bien quería— representar: el pueblo.

Batista abrió un nuevo ciclo, aprovechando la desbandada y luego colaboración de las figuras prominentes de la élite liberal y conservadora, así como la dispersión de fuerzas emergentes, una vez disueltos el gobierno de Grau y el DEU. En el horizonte apareció una nueva frustración cuando las clases medias desplazadas por la habilidad de Batista se sintieron traicionadas en su revolución renovadora. Para entonces, el ahora coronel Batista, había encontrado el entendimiento con el nuevo representante diplomático norteamericano, Jefferson Caffrey, con la finalidad de reconstruir al sistema político. Para los críticos al maximato de Batista, el desplazamiento de la vieja clase política no había cambiado el lazo estructural del sistema político cubano con Estados Unidos, identificando a Batista con los intereses norteamericanos. La abrogación de la Enmienda Platt se llevó a cabo en 1934, en el contexto de la política del Buen Vecino de F. D. Roosevelt. Sin embargo, este gesto no cambió en esencia el tipo de relaciones cubano-americanas; la presencia norteamericana siguió siendo fuerte e influyente tanto en la política como en la vida social cubana, lo que varió fue el tono no la esencia: en la práctica, los intereses económicos norteamericanos ejercieron poderosa influencia conservadora al presionar a su gobierno a no asociarse con las fuerzas nativas promotoras del cambio, como fue el caso del efímero gobierno de Grau, redundando en el fortalecimiento de quien les garantizara estabilidad política.

LA PRIMERA GENERACIÓN DE VANGUARDIA

La era de Batista como árbitro de la situación política se prolonga por una década, cuando asume la responsabilidad presidencial de 1940 a 1944, como culminación de la redacción de

una nueva constitución. Su habilidad política le permite sortear con éxito las dificultades de esos años, además de incorporar, en diversas alianzas estratégicas y coyunturales, nuevas fuerzas ajenas a la órbita política tradicional como al ABC y a los comunistas, quienes colaboraron en su gobierno de 1940.³ La Constitución de 1940 es el intento de cristalizar un ideal de nuevo orden político, el de reorganizar la II república y darle un nuevo perfil, de acuerdo al reacomodo político entre las diversas fuerzas surgidas de la revolución de 1933 y lo que quedaba de la clase política liberal-conservadora.⁴

El maximato de Batista ve la consolidación de una izquierda nacionalista, sin carácter marxista, que había aparecido como rasgo distintivo del periodo abierto en el '33. Esta izquierda se alimentaba con las raíces martianas, por un lado, y de las experiencias del llamado "populismo" latinoamericano, por otro. Su nacionalismo los hacía herederos del legado de Martí, estirpe que rescataría al mítico Partido Revolucionario Cubano. La izquierda nacionalista o los "Auténticos"⁵ plantean elementos

³ Una muestra de esta flexibilidad ideológica de Batista fue la extraña alianza que lo llevó a la presidencia, llamada Coalición Socialista Democrática, donde se congregaba la vieja clase política, algunos ex militantes del ABC como Saladrígas, quien termina de candidato de Batista para competir contra Grau seis años después, y los comunistas del Partido Socialista Popular, a quienes por más maromas que hicieran posteriormente, jamás se les quitó el estigma de haber participado en ese gobierno, hasta que la Guerra Fría lo permitió; de hecho, el anticomunismo del ala liberal del Movimiento 26 de Julio se debe a esto y no a una matriz ideológica. Véase, Carlos Márquez Sterling, *Historia de Cuba; desde Cristóbal Colón a Fidel Castro*, Nueva York, Las Américas, 1969, pp. 505-509; y Jorge I. Domínguez, *Cuba order and revolution*, Cambridge, Harvard University-Belknap, 1978, p. 101.

⁴ La Constitución de 1940 sienta las bases de un Estado que refleja las aspiraciones de la revolución del 33: nacionalismo, democracia y bienestar social. Para un análisis detallado de ésta, véase Gustavo Gutiérrez, "La Constitución de 1940 y su peligrosa inoperancia", en Ramiro Guerra y Sánchez *et al.*, *Historia de la nación cubana*, 10 vols., La Habana, Historia de la Nación Cubana, 1952, vol. VIII, pp. 160-181.

⁵ La palabra *auténtico* apareció entre paréntesis después del nombre del partido para subrayar la continuidad de la doctrina y proyecciones "auténticas" del gobierno revolucionario de 1933, a quien el pueblo señaló como "revolucionarios auténticos" por haber repudiado la mediación del embajador norteamericano Welles e impulsar

novedosos para construir una nueva fórmula política. Corresponde a éstos rescatar el pasado y verterlo hacia el presente para plantear un futuro; se sienten herederos de la gesta libertadora por sus altas virtudes morales y democráticas compendiadas en la figura del Apóstol José Martí.⁶ La preocupación, o mejor dicho, la pasión por Martí articula el interés por lo nacional, por lo cubano, convirtiéndose en una misión o “magisterio”, unánimemente seguido y reverenciado.

Martí habrá de ser algo más que el padre de la patria y forjador de su independencia, será la “fórmula política” de la izquierda nacionalista. La importancia de este encuentro es capital para el futuro de cualquier élite política en Cuba, pues como creador de un universo político nacional, la figura de Martí se hace la norma para la crítica política durante la II República.

A diferencia del liberalismo de la generación del '95, los Auténticos plantean un programa de reforma económica y social dentro de un marco político democrático. El nacionalismo auténtico se basaba en una visión optimista sobre el desarrollo de su país, como una entidad plenamente independiente en lo político y abierto al desenvolvimiento económico.

La oportunidad del nacionalismo revolucionario auténtico entra rápido en bancarrota al llegar al gobierno y involucrarse en prácticas de corrupción y peculado. La “verdadera revo-

leyes de transformación social y económica para el país. Su fundación ocurrió en febrero de 1934, integrando a miembros del Directorio Estudiantil Universitario, funcionarios del gobierno de Grau y una docena de organizaciones antimachadistas; su lema enmarcaba sus aspiraciones políticas: “Cuba para los cubanos”. Véase “Programa Constitucional del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico)”, en Hortensia Pichardo, [comp.], *Documentos para la historia de Cuba IV*, 2a. ed., La Habana, Pueblo y Educación, 1986, vol. 2, pp. 280-307.

⁶ Al respecto véase Ottmar Ette, *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, México, CCYDEL-UNAM, 1995, 507 pp., donde el autor analiza la utilización de la figura de Martí como parte del discurso de toda la clase política, desde Batista hasta los Auténticos; también Francisco Ichaso, “Preocupación cardinal”, en Guerra *et al.*, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 335-339. Cabe mencionar que el autor fue un destacado dirigente antimachadista con el ABC.

lución” anunciada por Grau devino en un simulacro ahogado por la corrupción y la ineficiencia administrativa que llegó a convertirse en el lubricante del sistema.

Como presidentes auténticos, Ramón Grau y Carlos Prío, fueron incapaces de atacar los problemas nacionales de Cuba, como habían prometido. Después de ocho años de gobierno, la popularidad auténtica se encontraba disipada y la propia organización fragmentada. Una nueva frustración se sumaba al historial político cubano. En su momento, al ser elegido como presidente constitucional, Grau había sido el candidato presidencial más votado de la historia republicana; en torno a él y su partido, se congregaron las esperanzas de la revolución que habrá de construir, por fin, una nación en el amplio sentido de la palabra.

En 1947, escandalizados por el nulo avance del programa social y económico, una parte de ellos salió para formar, con el liderazgo de Eduardo Chibás, una nueva organización, el Partido del Pueblo Cubano, conocido como “Ortodoxo”, para reafirmar su apego al legado del Apóstol y a la renovación nacionalista vislumbrada en el '33. Su programa no era muy diferente al de los Auténticos, salvo en su rigurosa devoción de la labor gubernativa, como anunciaba su lema “Vergüenza contra dinero”. Sin embargo, la aparición ortodoxa no contuvo la erosión de la clase política, para quien había pasado el tiempo de la reforma.

Chibás, con sus arengas incendiarias contra la venalidad oficial, aparece más como un fiscal en busca de notoriedad que un líder político capaz de atacar el problema fundamental de la clase política cubana. Sin embargo, su liderazgo fue tan popular que escindió a la élite gobernante del momento,⁷ para rivalizar con

⁷ A la fundación del Partido Ortodoxo acudieron 15 senadores, 26 representantes y otro número similar de alcaldes auténticos, además de un grupo reciclado de abecedarios. Para un observador de la época, “la ortodoxia era un remiendo y tenía una base popular muy diferente a su dirigencia. En las alturas era un partido conservador, en la masa resultaba una agrupación de extrema izquierda, sin rumbo fijo”. Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 533.

el sucesor de Grau en la presidencia, Carlos Prío Socarrás, y amenazar la continuidad en el poder de los Auténticos; de no haber terminado sus días al quedar en entredicho su prestigio para comprobar una acusación de corrupción contra el ministro priísta Aureliano Sánchez Arango.

La muerte de Chibás, en agosto de 1951, tras una agonía de varios días luego de dispararse en vivo mientras concluía su tradicional programa de radio, cambia la ecuación política en Cuba. El ciclo del nacionalismo no termina con la muerte de Chibás, las fuerzas desarrolladas en este periodo buscan un nuevo cauce que tardan en encontrar hasta la llegada de su nuevo profeta. Este momento llegó un año después con el golpe de Estado encabezado por Batista al gobierno de Carlos Prío, en el marco de las campañas electorales para renovar la presidencia del país. La crisis constitucional propiciaría los elementos necesarios para la nueva articulación vanguardista.

LA SEGUNDA GENERACIÓN DE VANGUARDIA

El liderazgo del joven abogado Fidel Castro sobre el movimiento que empezaba a organizar fue absoluto; aprovechó el entusiasmo juvenil de la ortodoxia para constituir el núcleo inicial. Podemos identificar dos fases, la primera con el grupo promotor y verdadero núcleo dirigente que facilita la segunda fase, la del grupo armado que ataca al cuartel Moncada. Aquí se encuentra el origen de la nueva vanguardia política. En este momento histórico, de la anécdota a la épica, cruzan sus vidas tanto personales como políticas de cada uno de sus miembros.

Las demandas judiciales y los discursos encendidos ante la tumba de Chibás proporcionaron cierta notoriedad a Fidel Castro, quien también conocía a varios dirigentes del partido, como José Pardo Llada o Luis Conte Agüero, sin embargo, esto no le fue suficiente para la estrategia insurreccional. Empujar

a la dirigencia del Partido Ortodoxo hacia la insurrección no tenía posibilidades, como el propio Fidel había empezado a percibir; el asunto, sin embargo, vino a darse casi anecdóticamente a través de una cadena de presentaciones personales con la que se va formando el núcleo inicial de la dirigencia del “Movimiento”.

El primero es Jesús Montané Oropesa, quien trabajaba de contable en una agencia automotriz de la General Motors, donde Fidel intentaba vender su viejo automóvil. Montané le presenta, a su vez, a Abel Santamaría, colega de oficio en una agencia Pontiac y militante ortodoxo; entusiasta de la acción, queda sorprendido por la oratoria de Fidel ante la tumba de Chibás. Abel, a su vez, lleva a su hermana Haydée y ésta a su novio Boris Luis Santa Coloma. He aquí el primer reclutamiento. Hasta este momento, Fidel había sido un aspirante a dirigente pero sin aparato propio, su experiencia en la militancia universitaria y la ortodoxia es la historia de ese desencuentro. Sin embargo, ahora esto está a punto de cambiar, sobre todo con el quinto elemento: Melba Hernández.⁸ En el remoto origen, la vanguardia hace sus pininos en el terreno de la agitación propagandística: Abel Santamaría y Jesús Montané editan una especie de volante de denuncia llamado *Son los mismos*, título que habrán de cambiar por *El Acusador*; a sugerencia de Fidel; ahí, Castro inicia sus ataques contra toda la clase política, incluidos los ortodoxos. El mensaje tiene que ser escuchado, por ahora el medio no importa, dada la precariedad del movimiento. La publicación de estos volantes forja la visión del grupo y el rumbo que es necesario tomar, sobre todo después de la clausura de

⁸ La primera célula se completaba con el doctor Mario Muñoz, René Betancourt, Vicente Chávez, Pedro Miret, Carlos Bustillo, Raúl Martínez Ararás, Oscar Alcalde, Eduardo Granados, Gustavo Amejeiras, Ernesto Tizol y Antonio “Nico” López. El grupo se reúne en el departamento de los hermanos Santamaría, adicionalmente también Juan Manuel Márquez va acercándose al grupo. Todos son militantes ortodoxos, de los cuales Márquez ya tiene una carrera dentro del partido; a excepción del doctor Muñoz, el grupo está en la segunda década de vida.

El Acusador en su primer número. Montané, los Santamaría, Melba y Boris Luis son los primeros cuadros y por ese hecho, sus primeros dirigentes al lado de Fidel Castro. El “Movimiento” se organiza formalmente, es decir, políticamente, más allá de un mero grupo de opinión que les proporcionaba *El Acusador*, para ello siguen la tradición organizativa de los grupos vanguardistas cubanos del siglo XX; al empezar a construir una organización celular y clandestina con un fuerte sentido de la conspiración.⁹ La jefatura del movimiento estaba integrada por el propio Fidel y, como segundo al mando, Abel Santamaría. La dirección se completaba con un Comité Civil al que pertenecían Mario Muñoz Monroy, Boris Luis Santa Coloma, Jesús Montané Oropesa y Óscar Alcalde Valls, y un Comité Militar integrado por Renato René Guitart, Ernesto Tizol, José Luis Tasende y Pedro Miret Prieto. Hacia abajo, las células se integraban entre diez y cuarenta militantes, a cargo de un responsable político, quien era el único vínculo con la dirección, es decir, con alguno de los dos comités. Las células sesionaban una vez por semana, con la práctica de tiro, y en ellas se evaluaban a los aspirantes en el cumplimiento con la disciplina básica del movimiento, tal como puntualidad, discreción, sobriedad y sobre todo, disposición para el combate, es decir, manejo de armas de fuego. Ese es el filtro de reclutamiento por el que

⁹ Jesús “Chucho” Montané recuerda que a los reclutas se les decía “Bueno, mira, eventualmente este movimiento desemboca en la lucha armada, pero no podemos decir por razones de discreción ni cuándo ni dónde”. A los candidatos se les daba a entender que tendrían prácticas de tiro y que todos tenían que pasar por una selección antes de ser aceptados. El mismo Montané concluye reflexionando sobre la importancia de la organización para sus militantes: convertirlos en la vanguardia. La primera manifestación de esta diferencia respecto a otras organizaciones se da el 28 de enero de 1953 (la manifestación de Las Antorchas), “fue cuando nosotros nos identificamos por la disciplina... En las puntas de los palos pusimos unos ganchos, para fajarnos con la policía, así que nosotros íbamos preparados para terminar aquello mal. Preparados para el combate. Además de Fidel estaba José Luis Tasende, Tizol, a la vanguardia, porque en realidad éramos la vanguardia... Véase Carlos Franqui, *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, R. Torres, 1976, p. 68.

pasaban más de un millar de aspirantes, pero que al final solamente 10% de ellos se quedaban por reunir las condiciones del combatiente.

Al mismo tiempo, como parte del compromiso de militancia, todos los aspirantes aportaban, de acuerdo a sus posibilidades, para financiar al movimiento.¹⁰ A partir de este hecho, Fidel se convierte en el primer cuadro profesional del movimiento, es decir, dedicado por entero a la formación de la organización y reclutamiento de sus militantes. Castro abre el contacto que después Abel Santamaría trabaja para explorar las posibilidades del aspirante; de esa manera se fueron articulando células en barrios periféricos como Arroyo Apolo y otras poblaciones fuera de La Habana: Artemisa en Pinar del Río, San Cristóbal Guajanay, Santiago de Las Vegas y Matanzas.

Para entonces, Fidel contaba ya con las bases para integrar un aparato que potencialmente podía convertirse en instrumento de lucha gracias a la frustrada campaña electoral de 1952, ya que facilitó el reclutamiento de jóvenes dispuestos a luchar, además de nuevos contactos políticos. En este sentido hay que destacar el caso de José Suárez Rivas, dirigente juvenil ortodoxo de Artemisa, lugar donde sale el más nutrido grupo de militantes¹¹ de este movimiento, que todavía no ha sido bau-

¹⁰ En 14 meses, recuerda Fidel en conversación con el dominico brasileño Frei Betto, se reclutaron cerca de 1 200 hombres, los cuales fueron seleccionados personalmente por el propio Castro, quien les decía a cada potencial recluta: "Todos los que ingresen al Movimiento lo harán como soldados de fila, los méritos o cargos que hubiera tenido en el Partido Ortodoxo no cuenta para nada aquí, la lucha no será fácil y el camino a recorrer largo y espinoso; nosotros vamos a tomar las armas frente al régimen", Frei Betto, *Fidel Castro y la religión*, México, Siglo XXI, 1986, 379 pp. Pedro Miret, el encargado de dar el entrenamiento en el manejo de las armas, calcula, a su vez, que por sus manos pasaron 1 500 hombres divididos en 15 células, según contó a Tad Szulc, en *Fidel un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987, p. 263. También Marta Rojas, *La generación del centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979, 353 pp.

¹¹ El primer círculo, el histórico de la futura élite, se cierra en este momento con la llegada de los jóvenes ortodoxos de Pepe Suárez; este es el origen de Ramiro Valdés y de otros destacados militantes como Ciro Redondo y Julio Díaz. Valdés se convierte

tizado. Suárez Rivas pone a disposición de Fidel la estructura del partido en Artemisa, así como sus hombres. Junto con Abel Santamaría, Suárez Rivas inicia el desfile de personajes políticos cercanos a Fidel en la organización y operación del movimiento en diversos momentos: su papel está en facilitar estructuras ya montadas y listas para utilizarse. En la siguiente etapa al movimiento se le agregan, en bloque, buena parte del Movimiento Nacionalista Revolucionario de García Bárcena. Estas transferencias proporcionan cuadros probados en el activismo, además de los mejores organizadores y operadores para la insurrección en la provincia de Oriente.¹² La última organización dispuesta para este fin es el Partido Socialista Popular, nuevamente un aparato en funcionamiento y con experiencia es tomado y transformado.¹³

junto al grupo editor de *El Acusador* (Chucho Montané, Melba y Haydée Santamaría), además de Juan Almeida, Pedro Miret y Raúl Castro, en figuras emblemáticas pues han transitado desde 1953 todas las transformaciones del castrismo. La configuración de las redes del poder revolucionario pasa, en buena medida, por estas personas, a las que se les han ido sumando otras más en la medida que la vanguardia debe transformarse en élite y clase política de una revolución, primero en la Sierra Maestra y después en el ejercicio del gobierno posterior a 1959. Es interesante observar, para el futuro, que todos los mencionados nunca fueron excluidos del primer círculo del poder, pueden ausentarse pero nunca irse, excepto por la muerte.

¹² La segunda ola de dirigentes históricos viene de aquí: Frank País, Celia Sánchez, Vilma Espín, Armando Hart, Faustino Pérez y muchos más. Al igual que el anterior grupo, el del Moncada, buena parte de ellos ha sobrevivido el proceso desde su incorporación hasta nuestros días.

¹³ El papel de los comunistas en la Revolución fue el tema predilecto de los historiadores de la Guerra Fría, sin embargo, aquí podremos observar la existencia de dos grupos: el primero, el de los conocidos generacionales, principalmente del activismo universitario como Flavio Bravo, Alfredo Guevara y Lionel Soto, este último el reclutador de Raúl Castro para las Juventudes del partido. Todos ellos han transitado sin haber sido purgados por el castrismo, desde el ejercicio del poder hasta la actualidad. Flavio, Guevara y Lionel se mantienen cerca de los hermanos Castro y sin duda colaboraron incondicionalmente con ellos aun en contra del propio partido en los terribles días del sectarismo y la microfracción. Como comunistas siempre fueron fidelistas, no así la sempiterna dirección del PSP: Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Fabio Grobart, Aníbal Escalante, Joaquín Ordoquí, Lázaro Peña, etc., la que tuvo que pagar su permanencia en el poder.

En este momento, los jóvenes radicales se conciben a sí mismos como la vanguardia de la ortodoxia, que chocaba ante el inmovilismo de los líderes. A principios de 1953, el propio partido entra en un proceso de división por la dificultad de encontrar un consenso sobre la línea de alianzas y pactos para combatir a Batista. Enfrentados a este hecho, los jóvenes radicales aumentan su descontento, expresado en forma elocuente: “Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución”.¹⁴ El sentimiento de insatisfacción es el factor aglutinador de estos jóvenes y a través de él se va conformando una nueva vanguardia política. Sus rasgos distintivos están en la ya mencionada juventud de sus integrantes, impetuosos por entrar en acción y, en apariencia, por una vaga o imprecisa formación política, que podría explicarse por una cultura política fincada en la herencia vanguardista de la generación anterior (la de 1933). Un profundo sentimiento de inconformidad ante lo establecido explica, en buena medida, la conciencia política de grupo, al mismo tiempo que se empieza a fincar una serie de lazos personales que derivan en la formación de un espacio social donde sus integrantes se identifican como miembros de una misma organización.

Es un grupo heterogéneo de acuerdo con su origen social: habrá profesionales universitarios, obreros de la construcción,

¹⁴ La frase se atribuye a Fidel Castro y está consignada por Szulc. Al recordar esta coyuntura años más tarde, Castro afirmaría que la opción insurreccional por cuenta propia sería consecuencia de la vacilación de los partidos establecidos, “enfascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesaria para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista [...] Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución”. Véase el discurso de Fidel Castro “En la velada solemne en ocasión del xx aniversario del asalto al cuartel Moncada”, en *Discursos*, 3 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, vol., II, p. 101. *Cfr.* otras fuentes para el mismo documento, Miriam Fernández Sosa [comp.], *Selección de lecturas de historia del pensamiento político cubano II*, La Habana, Facultad de Filosofía e Historia-Universidad de La Habana, 1989, pp. 269-290.

comerciantes, estudiantes, etc. En ese sentido, el grupo fidelista es un gran frente que aglutina a personas de origen distinto en un objetivo común: derribar al gobierno encabezado por Batista.

En cuanto al perfil de los militantes iniciales, sabemos poco, salvo excepciones como Artemisa donde ya estaban organizados políticamente y tenían una vida comunitaria conocida; del resto de las células no es posible identificar quiénes las integraban, lo que dificulta la reconstrucción de la misma organización.¹⁵ Los historiadores de la Revolución cubana han dado por bueno el informe de 1 500 reclutados por Fidel Castro y entrenados por Pedro Miret, sin embargo, nadie se ha preguntado si este dato tiene sustento, pues si como el propio Fidel recuerda, la organización era clandestina y los miembros de la célula sólo tenían vínculo con un responsable político y éste, a su vez, con uno de los comités directivos, estamos ante la creencia de un testimonio oral, pues únicamente Castro sabe si en realidad se reclutaron a tantas personas para una operación de comando armado. Si la información es cierta, entonces ¿para qué reclutar a un millar y medio si sólo se iba a armar a 10% de ellos? Al parecer este hecho, extraño y confuso, tiene que ver en la forma del reclutamiento, se hablaba con muchas personas pero pocas pudieron reunir los requisitos de militante, como mencionó Montané, las cuales eran descartadas; lo más probable es que los eliminados (alrededor de 1 250) ya no contaron como un cuadro confiable y, por tanto, desaparecieron de las células activas que, previo al Moncada, no serían más de diez. Al resto ni siquiera se les dejó como células de reserva,¹⁶ es decir,

¹⁵ No resulta extraño, por eso, que esta parte de la reconstrucción histórica esté fundamentada en la palabra de Fidel Castro: él como única fuente primaria. Ni los historiadores cubanos, ni los extranjeros que han tenido acceso a los archivos cubanos han mostrado algún interés por describir las entrañas de la organización, saber cómo funciona y quiénes la hacen funcionar. Por otro lado, y hasta donde hay indicios, no se hizo nada con una organización celular intacta en un noventa por ciento, no se le asignó ninguna tarea ni se le mantuvo con algún fin.

¹⁶ El testimonio de Efigenio Amejeiras, hermano de Juan Manuel, y futuro expedicionario en el *Granma*, puede ilustrarnos este asunto: [...] después de los hechos

no existió una estructura permanente ni se pensó en hacer algo con ellos. El historiador de estos hechos no cuenta con documentación para poder inferir información (lo cual no quiere decir que no exista), este problema se vuelve a presentar más adelante, con la integración del Movimiento 26 de Julio y el Ejército Rebelde: nunca aparece testimonio como un padrón de militantes, o de reclutas y simpatizantes, ya no digamos documentación que valide la existencia de una organización como actas, acuerdos, resolutivos, congresos. Hasta el momento, no existen documentos públicos, sólo testimonio oral y memorias de los involucrados, en el mejor de los casos.

Para el asalto al cuartel Moncada, tenemos la certeza de sólo 10% de los miembros del total de células activas, de los cuales 44 eran obreros; 33 dependientes de tienda y/o empleados; 11 jornaleros agrícolas; 6 estudiantes, 3 profesionales universitarios y el resto de diversas ocupaciones, que iban desde estibador de muelle, carpintero, comerciante, mensajero, zapatero, fotógrafo, hasta mecánico. Aun al cuantificar el origen social de ellos encontramos diferencias, dependiendo de la fuente. Sin embargo, lo importante del grupo no está en su perfil socio-económico, pues era tan heterogéneo que difícilmente podría pasar como una organización de clase, que a su vez derivara a una ideología.

del Moncada [...] Entonces organizamos una célula ahí, donde habíamos dicho, de acción en la que participan más directamente en la acción Iván, Juan Vázquez, Chibás, Samarí, Julio César. Con eso era lo que manteníamos allí, dentro del local aquel de Prado 109 de la Ortodoxia, la llama de la rebeldía, mientras ellos estaban en presidio; ya empezábamos a poner algunas bombas, hacíamos algunos actos de calle, participábamos en todas las manifestaciones estudiantiles, hasta la salida del presidio [...], Franqui, *op. cit.*, 79. Nuevamente tenemos más preguntas que respuestas, en este caso sobre las células que se mantenían activas o latentes y que después se integrarían al 26 de Julio y al Ejército Rebelde, como sería la biografía del propio Efigenio y de sus hermanos. ¿Las células se crearon por un impulso de réplica, es decir, por la libre, o tenían un lazo orgánico con el comando del Moncada? Todo parece indicar que la respuesta se encuentra en la primera pregunta, lo cual nos lleva a insistir en la necesidad de ampliar las indagaciones sobre las características del aparato. Seguimos sin conocer cuáles son sus características.

Para este momento, podemos decir que está formada una organización con un solo objetivo: operar una acción militar; más allá de eso, forjar una estructura política sería arriesgado afirmarlo, además las evidencias no muestran que hacia allá se encaminaran los radicales ortodoxos. Lo único que podemos apreciar es el manejo del tiempo, de la oportunidad una vez que el mismo Partido Ortodoxo había cerrado la opción insurreccional. La idea de la insurrección popular es una constante en la historia política cubana, cuyo referente está en la revuelta de los sargentos de septiembre de 1933, que da origen a la II República. La insurrección exitosa de los sargentos con la toma del cuartel militar y la unión de un grupo político externo de vanguardia (los activistas del DEU, por ejemplo) es el modelo para la acción. La idea se enfoca en la toma del poder de manera relampagueante, de ahí que la acción de un comando militar se proyectó y realizó para la toma por asalto al segundo cuartel militar de importancia del Ejército cubano, el cuartel Moncada de Santiago de Cuba¹⁷ para el 26 de julio de 1953. Fidel adapta la ecuación en la medida que no se vislumbra el complot militar desde el interior del cuartel y le confiere al grupo de vanguardia el peso de la operación; al apelar a las masas en la creencia de un levantamiento popular espontáneo, combinado con una huelga general una vez tomado el cuartel militar:

Se llamaría al pueblo a luchar contra Batista [...] Se convocaría a los obreros de todo el país a una huelga general revolucionaria por encima de los sindicatos amarillos y los líderes vendidos al gobierno. *La táctica de guerra se ajustaría al desarrollo de los acon-*

¹⁷ Para una descripción detallada sobre los preparativos del ataque al Moncada véase Franqui, *op. cit.*, pp. 71-76. La acción del Moncada se complementaría con un ataque simultáneo por otro grupo al cuartel de Bayamo. Sin embargo, la primera opción de ataque estuvo en el cuartel militar de Pinar del Río, a razón de estar cerca de Artemisa, pero tenía el inconveniente de su proximidad a la capital y con la mayor concentración de tropas del país. Renato Guitart, miembro de la dirección y santiaguero, sugirió el cuartel Moncada de Santiago, dadas las ventajas logísticas de la lejanía respecto a la capital.

tecimientos. [En] Caso de no poder sostenerse la ciudad con mil armas que debíamos ocupar al enemigo en Santiago de Cuba, iniciaríamos la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.¹⁸

Como se ve, la acción estaba impregnada de una visión optimista sobre el posible éxito del ataque, como es el confiar todo al impacto de un grupo de vanguardia sobre la conciencia de la sociedad, pues no había un trabajo político previo sobre algún sector social que se quería motivar, mucho menos al grueso de la sociedad. En ese sentido, el éxito de la operación se deja a las circunstancias, pues aun en el caso de haber tomado el cuartel, no era segura la participación necesaria para la insurrección. La operación del Moncada es el sueño de toda vanguardia, al pretender generar un movimiento de masas a partir de la identificación de ciertos ideales y aspiraciones que se supone están en el pueblo o la nación, condensadas en un programa político dirigido al calor del combate.¹⁹

¹⁸ Castro, *op. cit.*, vol. II, p. 107. Desde este momento es necesario acotar lo siguiente sobre la fuente: Fidel ha hecho y rehecho los acontecimientos como sería tener un Plan B si el ataque al cuartel fallaba; por ejemplo, crear una guerrilla en la Sierra Maestra. Los sobrevivientes del Moncada no aluden a planes de reagrupamiento en la Maestra, la derrota es tal que no tienen las condiciones para una guerrilla: no cuentan con una retaguardia ni con tropas de refuerzo, ni armas ni municiones, todo está acomodado discursivamente para nunca aparentar la derrota. Lo que sí es importante en la anotación (con cursivas) es el pragmatismo de la táctica para la guerra revolucionaria, esa sí que será una constante que pocas veces se ha estudiado como tal, es decir, la reconstrucción histórica como parte de la guerra.

¹⁹ Al ser interrogado por un fiscal sobre las fuerzas con que contaba para llevar a cabo su plan, Fidel respondió que únicamente con el pueblo, pues "El pueblo hubiera respondido firmemente si llegamos a ponernos en contacto con él. Nuestro plan consistía en tomar el Moncada e inmediatamente después propalar, por medio de todas las emisoras de radio de la ciudad, el último discurso de Chibás. Habríamos leído nuestro programa revolucionario al pueblo de Cuba; nuestra declaración de principios contiene los anhelos de varias generaciones de cubanos. En esa oportunidad todos los líderes de la oposición nos hubieran apoyado sumándose al Movimiento en toda la República. Con todo el pueblo unido habríamos derrocado al régimen de facto". Véase Rojas, *op. cit.*, p. 37. Aquí nos encontramos con el principal error del ataque al Moncada: Fidel puede presumir la planeación de los detalles militares, pero exhibe con toda su

El fracaso del asalto al cuartel Moncada y la cruenta represión a la que someten a sus participantes, marcó el nacimiento de un grupo de vanguardia que con su activismo fracturan, en poco tiempo, a la clase política establecida. Los hechos del Moncada rompen —simbólicamente en este momento, pero dejando un precedente para el futuro— con el pasado y lo que ello representaba, para nacer libre y limpio de cualquier pecado del viejo sistema político. El Moncada fue la prueba de fuego que sacrificó y, al mismo tiempo, purificó a los verdaderos revolucionarios frente a los que “tenían la obligación de dirigir”. El sacrificio y el martirio serán, pues, nuevos valores incorporados a la acción política presentada como un deber histórico de la vanguardia y llevados a la práctica para cumplir con un fin pedagógico de la realización de un destino, al mostrar el camino a seguir.²⁰ En este sentido debemos establecer la lectura del primer texto básico de la vanguardia castrista: *La historia me absolverá*. Ahí Fidel fundamenta la Revolución como una necesidad histórica —siguiendo los argumentos presentados en las frustradas demandas judiciales contra Batista y el Manifiesto del Moncada— y además señala claramente la transforma-

magnitud su falla política, pues deja al azar el resultado como es que el “pueblo” y los líderes políticos se unieran, así iluminados por un rayo, a la insurrección hinchados de fervor patriótico ¡al escuchar un discurso de Chibás! Resulta todavía más sorprendente que una operación tan fallida sea reconstruida como un acto fundacional de una revolución seis años después.

²⁰ Franqui, *op. cit.*, p. 72. Al reunir a sus hombres antes de partir rumbo al Moncada, Fidel remarcaría este aspecto del sacrificio como una necesidad política, al decirles: “Compañeros, podrán vencer mañana o ser vencidos, pero de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana será lo que aspiró Martí; si no, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba”. Meses después de estos acontecimientos, Fidel Castro escribía desde la prisión de la Isla de Pinos a Luis Conte. *Cartas del presidio*, La Habana, Lex, 1959, 21-22, sobre las motivaciones de atacar ese cuartel militar, confirmando el imperativo del sacrificio como la primera prueba política: “Nuestros sentimientos están llenos de lealtad hacia los más puros ideales de Eduardo Chibás; que los que cayeron en Santiago de Cuba son militantes del partido que él fundara; y que con él aprendieron a morir cuando la patria necesita de la inmolación heroica para levantar la fe del pueblo en el temple de sus hijos y en la realización inevitable de su destino histórico”.

ción de la vanguardia en una nueva élite dirigente que disputa el poder al conjunto de la clase política, que ya no cumplía con su papel político.

En el texto citado, que recoge la defensa que el mismo Fidel haría de sí mismo ante el tribunal que lo juzgaba, Castro declaró que de haber triunfado el asalto al Moncada y tomado la ciudad de Santiago, se emitirían cinco leyes revolucionarias, de las cuales destaca la primera por ser la que establece la necesidad del cambio político al desplazar a la élite gobernante. Por su importancia, y pese a su extensión, vale la pena su reproducción textual para ir desenredando el concepto que nos ocupa:

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo no decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el *movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella* excepto la de modificar la propia Constitución: *facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.*

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: *un gobierno aclamado por la masa de combatientes*, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia.²¹

²¹ Fidel Castro, *La historia me absolverá*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, p. 71. Las cursivas son nuestras. La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad de la tierra a todos los colonos y arrendatarios menores de cinco caballerías, previa indemnización, por parte del Estado a sus antiguos propietarios. La tercera, otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar con 30% de las utilidades de su empresa. La cuarta concedía el derecho a todos los colonos, que llevasen más de tres años de establecidos, a participar con 55% del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40 mil arrobas. La quinta ordena la confiscación de todos los bienes productos de la corrupción administrativa, pasando 50% de ellos a formar una caja de retiro para obreros y la otra mitad para hospitales, asilos y casa de beneficencia.

Resalta en primer lugar la problemática de la soberanía popular, raíz y razón de estos acontecimientos. Para Castro, si bien el pueblo es el único depositario de ella, en las circunstancias que motivaron la insurrección era inoperante. Para restaurarla, se habrá de requerir mucho más que una simple declaración formal; será necesario borrar el pasado y con él, a sus representantes. El primer paso es algo más que una simple restauración del estatus jurídico anterior al golpe de Estado del 10 de marzo, para castigar a “todos los que la habían traicionado”; por el contrario, es el inicio del ejercicio del poder político por la vanguardia victoriosa que en realidad restaura la verdadera historia nacional cubana, de ahí la expresión de juzgar como claudicantes a la clase política. Hay que subrayar este hecho: el 26 de julio de 1953 es el inicio de una nueva etapa histórica y —de acuerdo con lo expresado por Fidel Castro, cualquiera otra opción que no sea la victoria de la vanguardia es un retroceso político e histórico— sería un engaño y una estafa más ponerla en manos de quienes habían claudicado para salvaguardarla. La diferencia entre vanguardia y clase política está en este sentido de misión histórica (apostolado como lo expresara Martí) propia de la vanguardia que convierte a la acción directa (la insurrección) en el único instrumento para hacer política, traspasando cualquier aparato político establecido. Aquí están las raíces de la singularidad revolucionaria de la experiencia castrista que no requiere de un aparato político formal porque su teoría no supone una ideología, apela al derecho republicano y a los valores de una herencia histórica que tiene en la ruptura la idea de la revolución en su afán de buscar la modernidad. Esa característica la hace adaptable a cualquier circunstancia y matiz ideológico, según la coyuntura política y sus contrapesos del momento, mientras la vanguardia se transforma para asumir su verdadero papel, el de élite del poder político.

La soberanía es la única fuente de poder legítimo y, en consecuencia, el problema está en la forma de asumirla. Para Castro, a falta de mecanismos formales para acceder a ella, la insu-

rección proporciona esa legitimidad en el ejercicio del poder, es decir, el movimiento insurreccional encarna esa [la representación] soberanía de manera momentánea hasta que el depositario de ella, el pueblo, decida otra cosa. La vanguardia insurreccional representa la parte consciente y activa del conjunto social porque está apelando al ejercicio de un derecho —de acuerdo al liberalismo— mismo que le confiere a éstos, ya como representantes, la “facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar”, es decir, *capacidad para gobernar*.

La vanguardia insurreccional y quienes lo integran, por ese mismo hecho, se convierten en grupo selecto gobernante capacitado para ejercer el poder. Éste se transforma en un “derecho” de una nueva élite, como apunta Castro al estimar que “un gobierno aclamado por la masa de combatientes” será la única posibilidad de que ahora sí se implante la “verdadera voluntad popular”. La vanguardia transmutada por la insurrección en la nueva élite —la “masa de combatientes”— es la viva encarnación de la soberanía y voluntad populares, es decir, asume la representación política. Vale decir que toda representación política siempre es activa. En este sentido, la problemática del restablecimiento de mecanismos democráticos que requiere la sociedad para delegar su representación pasa a segundo plano; la sociedad se mueve para estar tutelada por un nuevo grupo selecto que se considera su defensor e intérprete.²² Esta problemática se torna aún más interesante si consideramos que la preocupación inicial del movimiento insurreccional estaba en recuperar el equilibrio roto por el golpe de marzo. Los grupos insurreccionales, incluido el liderado por Castro, planteaban una vuelta al equilibrio democrático, pero ahora nos encontramos

²² Treinta años más tarde, Fidel Castro recordaría cuáles fueron las condiciones que lo llevarían a tal conclusión: “Yo recuerdo que aquella masa no sabía, pero sufría; aquella masa estaba confundida, pero también desesperada. Era capaz de luchar, de moverse en una dirección. A aquella masa había que llevarla al camino de la revolución por etapas, paso a paso, hasta alcanzar plena conciencia política y plena confianza en su destino”.

con un replanteamiento de la situación. En la ya citada conversación con Frei Betto, Fidel acota:

Inicialmente pienso que hay que volver a la etapa constitucional anterior; ahora había que derrocar la dictadura militar. Yo estoy pensando en que hay que recuperar el *status* anterior, y que todo el mundo se uniría para liquidar esa cosa infame y reaccionaria que era el golpe de Estado de Batista [...] Para mí estaba claro que había que derrocar a Batista mediante las armas y volver a la etapa anterior, al régimen constitucional, pues sería seguramente el objetivo de todos los partidos, y yo había concebido la primera estrategia revolucionaria con un gran movimiento de masas que se instrumentaría inicialmente a través de cauces constitucionales.²³

La importancia de la Primera Ley Revolucionaria, establecida en *La historia me absolverá*, radica en este rompimiento que no asomaba antes del 26 de julio de 1953, cuando la vanguardia fidelista entró en acción al atacar el cuartel Moncada de Santiago de Cuba. A partir de entonces, el movimiento insurreccional encuentra una nueva vertiente apenas vislumbrada por los grupos radicales del momento. Pequeño detalle que hará posteriormente la gran diferencia.

Por otro lado, el Moncada, a manera de acontecimiento político, estableció a Fidel, en forma definitiva, como una de las estrellas del firmamento político cubano y, a su liderazgo, como el más serio opositor a Batista y su gobierno; si bien el primer objetivo no se logró, sí se consiguió el efecto demostrativo que atrajo la atención de otros jóvenes hacia el camino trazado por esta arrojada vanguardia.

La prisión en la Isla de Pinos de los sobrevivientes del asalto al cuartel Moncada, su ex carcelación, la oficialización de un movimiento político hecho para la insurrección y el desembarco para tal fin, marcan la segunda etapa de la formación de la élite revolucionaria; como señalamos en el apartado anterior,

²³ Betto, *op. cit.*, p. 70.

ya se ha formado el núcleo inicial, ahora viene la segunda capa o segmento de militantes y dirigentes que moldea el ciclo inicial, vale decir, histórico, pues en él se encuentran los que harán la revolución con las armas.

El asalto al cuartel Moncada terminó con una etapa e inició otra dentro del proceso insurreccional cubano. Haciendo un balance, Castro empezó a sacar dos conclusiones que le reafirmaron la estrategia insurreccional.²⁴ Para él, el fracaso en la toma del cuartel Moncada se debió a “factores absolutamente accidentales”, que desarticularon la acción.²⁵ Por lo tanto, la primera conclusión tiene que ver con la organización con que se contaba; la segunda, con los valores que cada uno de los militantes debió poseer. Los problemas organizativo y de formación de conciencia insurreccional habrán de estar presentes en la mente de Fidel en la estancia de 22 meses en la prisión de la Isla de Pinos, a donde fueron a parar los moncadistas condenados.

Nuevamente el filtro de reclutamiento es uno: las capacidades militares para la lucha insurreccional²⁶ de la verdadera

²⁴ Un par de meses después de su llegada a prisión, Castro reflexionaba sobre esta etapa de su vida: “¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida [...] siento reafirmarse más mi convicción de sacrificio y de lucha”. Franqui, *op. cit.*, p. 88.

²⁵ En el ya citado discurso conmemorativo del asalto al Moncada, Fidel haría dicho balance: “Lo más difícil del Moncada no era atacarlo y tomarlo, sino el gigantesco esfuerzo de organización, preparación, adquisición de recursos y movilización, en plena clandestinidad [...] Con infinita amargura vimos frustrarse nuestros esfuerzos en el minuto culminante y sencillo de tomar el cuartel. Factores absolutamente accidentales desarticularon la acción [...] Sin los accidentes fortuitos que infortunadamente ocurrieron, lo habríamos tomado. Con una mayor experiencia operativa lo habríamos podido tomar por encima de cualquier factor accidental”. Castro, *Discursos*, vol. II, p. 107.

²⁶ El reclutamiento de los militantes del Movimiento 26 de Julio sigue siendo uno de los episodios que, a pesar de los años transcurridos, no ha sido estudiado en sus pormenores. Se sabe la estructura y sus responsables, pero no se conocen, por lo menos públicamente, cuáles eran los mecanismos de reclutamiento y cuál era el proceso (si es que lo había) al que eran sometidos los aspirantes. Lo que sí podemos establecer es que a los sobrevivientes del Moncada que se incorporaron a la nueva aventura gozaron, por ese hecho, de la plena confianza de la dirigencia. Otro aspecto que resulta peculiar es el origen político de buena parte de los nuevos militantes, ya con experiencia política en grupos vanguardistas, que entrarán en bloque, como sucedería con

vanguardia que se plasma con la fundación del Movimiento 26 de Julio (M-26) en 1955, como primera etapa y posteriormente con el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, con los problemas de conjunción para una organización bipolar con dos grandes segmentos. Dicho movimiento legitima primero la formación del Ejército Rebelde y su permanencia en la nueva élite del poder en un proceso paralelo que tenemos que advertirlo en dos niveles, uno al interior del propio aparato y otro en su relación con las demás fuerzas políticas a lo largo de la lucha insurreccional; a partir de estos hechos se conforma el espacio social y cultural que permite desarrollar la política, identificando una serie de valores que cohesionan a sus miembros a lo largo de este trayecto. Varios son los rasgos característicos en este proceso; por ejemplo, la fidelidad a la figura del líder, en este caso Fidel Castro, y la aceptación de los valores políticos que Castro implantó, como las bases de una nueva fórmula política. Así, el reclutamiento estará abierto para aquel que acatara estas premisas. A lo largo del tiempo en la prisión de la Isla de Pinos, las cartas escritas por Fidel nos muestran esta dinámica, a la vez que ayudan a comprender esta relación. Sobresale un hecho, que se convierte en instrucción política para Melba Hernández y Haydée Santamaría, las heroínas del Moncada y enlace de Fidel con el exterior, lo primero es conservar al núcleo de la organización. En vez de reclutar más cuadros, se debe hacer lo contrario, conservarlos y evitar la sangría de los mismos, lo demás será propaganda y coordinar el trabajo político al interior como exterior del país, cuidando mucho el tipo de alianzas que se hagan para evitar que el movimiento fuera utilizado por otros; y, por último, defender los principios del movimiento sin pelearse con nadie.²⁷

los activistas del Movimiento Nacionalista Revolucionario de García Bárcena o la organización creada por Frank País en Santiago, la ARO. Todos ellos coinciden en el Movimiento 26 de Julio.

²⁷ Las partes medulares de dicha comunicación son las siguientes: "1º No debe abandonarse ni un minuto la propaganda porque es el alma de toda lucha. La nuestra debe tener su estilo propio y ajustarse a las circunstancias [...] 2º Hay que coordinar

La reorganización del movimiento insurreccional fue la primera tarea a la que Castro y sus más allegados colaboradores se dedicaron desde el otoño de 1953, cuando fue trasladado a la Isla de Pinos para cumplir su condena por el asalto al cuartel Moncada. Los encarcelados del Moncada se convirtieron, por la fuerza de las circunstancias, en una especie de guardia para el liderazgo castrista; serán ellos el bastión que resguarda a la verdadera élite. No resultó extraño que al reunirse con ellos, se formara la Academia Ideológica “Abel Santamaría”, donde se impartieron cursos de filosofía, historia universal, economía, política, matemáticas, idiomas y literatura española, en sesiones matutinas y vespertinas para completar una jornada de cinco horas de clases. La formación política ya estaba aquí, amén que se cultivaban los lazos de lealtad y cercanía personal.

El anuncio de Batista, en abril de 1954, convocando a elecciones generales el siguiente año, para legitimar su estancia en el poder, aceleró los preparativos de los planes del grupo de la Isla de Pinos. En una serie de cartas escritas desde prisión a Luis Conte, Fidel urgía a mantener los principios, pues de éstos “surgerà más purificado y limpio el ideal redentor”. Al referirse a la situación que se creaba con las anunciadas elecciones, Castro estimaba que:

el trabajo entre nuestra gente de aquí y el extranjero [...] Hay que considerar con extremo cuidado cualquier otro propósito de coordinación con otros factores no sea que pretendan utilizar simplemente nuestro nombre [...] No admitir ningún género de subestimación; no llegar a ningún acuerdo sino sobre bases firmes, claras, de éxito probable y beneficio positivo para Cuba. De lo contrario es preferible marchar solos hasta que salgan estos muchachos formidables que están presos y que se preparan con el mayor esmero para la lucha. 3º Mucha mano izquierda y sonrisa con todo mundo. Seguir la misma táctica que se siguió en el juicio: defender nuestros puntos de vista sin levantar ronchas. Habrá tiempo después para aplastar a todas las cucarachas juntas [...] Acepten todo el que quiera ayudarles, pero recuerden, no confíen en nadie”. Conte, *op. cit.*, pp. 37-38 y Franqui, *op. cit.*, pp. 99-100. Más adelante veremos que la relación con otras fuerzas políticas, sobre todo los ortodoxos, resulta muy compleja, a tal grado que amerita una severa llamada de atención del propio Fidel hacia sus colaboradores.

Los hombres decentes y las masas de mayor conciencia política han quedado marginadas de la lucha comicial como resultado del cuartelazo traidor; estamos presenciando una batalla de ladrones: los ladrones de ayer contra los ladrones de antier y hoy; una lucha entre traidores a la Constitución y los traidores al pueblo en desgracia; una lucha entre los creadores del porrismo y los fundadores del gangsterismo, entre la tiranía y la comedia, de donde resulta tragedia para el pueblo. Cualquiera puede ganar, pero Cuba pierde de todas maneras.²⁸

La coyuntura de las elecciones permitió a Fidel volver con su tesis de barrer con el pasado, el sistema y sus hombres, por corruptos. Para él, la campaña electoral era la definición entre los ladrones que se repartían la República, por un lado, y lo que quedaba de limpio e idealista por el otro. Frente a este panorama, no quedaba otro camino que el ya esbozado en el Moncada.²⁹ En agosto de 1954, Castro sintetizaba su primera visión de la futura organización; resulta ilustrativo el siguiente párrafo donde describe cuáles serán las características de ésta, pero sobre todo, el papel que él mismo desempeñaba en la misma:

En primer término *yo debo organizar* a los hombres del 26 de Julio y unir en un irrompible haz a todos los combatientes, los del exilio, la prisión y la calle, que suman más de ochenta jóvenes envueltos en el mismo jirón de historia y sacrificio. La importancia de tal núcleo humano perfectamente disciplinado, constituye un valor incalculable a los efectos de la formación de cuadros de lucha para la organización insurreccional o cívica. Es evidente que un

²⁸ Estas cartas fueron escritas desde diciembre de 1953 hasta mayo de 1955 y están dirigidas a diversos personajes que van desde sus hermanas hasta los familiares de los caídos en el Moncada. La carta señalada, dirigida a Luis Conte, está fechada el 12 de junio de 1954. Una fuente alternativa en Franqui, *op. cit.*, pp. 85-117.

²⁹ En carta de junio 19 de 1954, Castro estimaba que el país atravesaba por una crisis "inevitable y necesaria y que cuanto mayor sea, tanta mayor esperanza de concebir un mañana distinto. Cuba es en estos instantes, para nosotros, los que albergamos sinceros ideales, como un Huerto de los Olivos donde tenemos que sudar sangre". Conte, *op. cit.*, p. 32.

gran movimiento cívico y político tiene que tener la fuerza necesaria para ganar el poder por medios pacíficos o revolucionarios; de lo contrario correrá el riesgo de que se lo arrebaten, como a la Ortodoxia, a sólo dos meses de las elecciones.³⁰

Por las palabras de Fidel, el movimiento insurreccional en esos momentos se encontraba disperso, sin una organización que uniera a los, suponemos, veteranos del Moncada, los que estaban presos y los que no habían participado y se encontraban en la calle sin orientación política,³¹ así como a los que se encontraban en el exterior pero que siguen perteneciendo al Movimiento. La organización pensada por Castro, entonces, partía de ese núcleo forjado en la batalla, “probado y de confianza”, que evitaría “considerables desprendimientos” a falta de una “labor primaria de persuasión”. El arranque inicial de la organización debía proporcionar estos cuadros, que con su ejemplo y empuje atraerían a otros para formar un “caudal ne-

³⁰ Conte, *op. cit.*, p. 60 y Franqui, *op. cit.*, p. 107.

³¹ Recordemos que, de acuerdo con el propio Fidel, para asaltar al cuartel Moncada se reclutaron alrededor de 1 200 hombres, de los cuales participaron finalmente 120 más 40 encargados de hacer la misma operación en Bayamo para el cuartel Carlos M. de Céspedes; si a éstos restamos las bajas producidas por la represión posterior al 26 de julio, que según recuento de Marta Rojas fueron 61, nos quedamos con 99 sobrevivientes. En la cita señalada, Fidel contabilizó alrededor de 80 jóvenes como el núcleo a partir del cual debería partir la organización del movimiento, entonces, ¿dónde quedó el millar de reclutas que no participó ni en el Moncada ni en Bayamo? Por el momento, ningún historiador ha podido establecer el número de células organizadas, mucho menos cuántas de ellas quedaron en pie después del 26 de julio, como tampoco se sabe en manos de quién quedó su control o coordinación, aunque es un hecho que las mujeres del Moncada, Melba y Haydée Santamaría, después de salir de la cárcel, llevaban la representación de Fidel, como reconocería al estallar la primera crisis al interior del movimiento. Por el desarrollo de los acontecimientos en los meses posteriores, podemos interpretar que sí existía una estructura pero resulta aventurado cuantificarla para darnos una idea de su dimensión. Queda todavía por preguntarnos ¿por qué Castro no las menciona en este momento? ¿Por qué sólo apela a los que participaron y sobrevivieron en estos hechos de armas? También resulta profético el cálculo de 80 hombres, pues es un número similar el que embarcará meses después en un accidentado viaje desde las costas mexicanas y, al igual que el Moncada, ese núcleo se verá reducido a su mínima expresión.

cesario para batir el sistema político imperante”. Sin embargo, en otro momento, el propio testimonio de Fidel da muestras que al interior de la organización las cosas no eran como las planteaba. En una de sus cartas de la prisión, fechada a principios de octubre de 1954,³² señala una tensión que implicaba tanto el reconocimiento de su propio liderazgo, como el futuro del Movimiento como proyecto político. Al parecer este asunto ya tenía su antecedente y destaca que sus reflexiones cuentan con el aval de los demás compañeros de prisión. El Movimiento se encuentra dividido y en disputa: “La responsabilidad que por derecho y por moral revolucionaria nos corresponde con el Movimiento a los que estamos presos es inoperante por completo en estos momentos”. ¿A quién se dirigen los reclamos de Fidel? Es claro cuando dice que la dirección del movimiento se encuentra en disputa, puesto que las “razones históricas” que sustentaban el liderazgo ya no funcionaban debido a las circunstancias que enfrentaban los militantes de la calle.

EL M-26 ¿APARATO POLÍTICO O MILITAR?

La salida del *Granma* de las costas mexicanas del Golfo de México rumbo a Cuba inicia, al mismo tiempo, el último trayecto de socialización política de la vanguardia. El entrenamiento militar en México y la Sierra Maestra marca tanto a integrantes como sus trayectorias políticas futuras. En este periodo, el de la guerra, el núcleo del Moncada mantiene su preeminencia sobre otros integrantes cuyo origen político no es el mismo. En la Maestra se refuerza la red de los militantes fundadores (históricos) en torno a la figura del líder máximo y la incorporación de los altos oficiales del naciente Ejército Rebelde a esta misma red; de hecho, por las propias coyunturas políticas: a lo largo de 1957, 1958 y 1959, el aparato militar fue desplazando al aparato po-

³² Franqui, *op. cit.*, pp. 108-111.

lítico, el M-26, en la toma de decisiones, para convertirse en el cuerpo soberano al que alude Fidel en *La historia me absolverá*. Nuevamente el apuro del tiempo es el que determina la estrategia y el peso de las estructuras de organización, es decir, es la disputa política al interior del aparato la que pone al Ejército Rebelde como la cuna de dirigentes revolucionarios y no el resultado de un fatalismo teórico. Por último, y no menos importante, la suerte de la clase política isleña: auténticos, ortodoxos y comunistas, está echada desde el exilio mexicano, están viendo una ilusión, para unos de que están haciendo una revolución y para otros de estar en el poder.

Cuando la fuerza expedicionaria del *Granma* llegó a Cuba, en diciembre de 1956, los planes iniciales se transformarían a tal grado que hubo que empezar de nuevo. El desembarco dejó en evidencia el límite de la planificación militar, que caracterizó los primeros meses de operaciones: el aislamiento de la dirigencia de sus operadores urbanos. Si bien el desembarco fue a destiempo y fuera de lugar de lo planeado, el problema inicia con el primer enfrentamiento con el ejército cubano. Ahí viene el verdadero naufragio; en Alegría de Pío aniquilan a la fuerza militar del *Granma*. Lo demás es propaganda que se vende muy bien como literatura épica: las evidencias muestran una desarticulación total de la fuerza invasora; en cierta medida recuerda la triste retirada del Moncada, sin rumbo y en plena fuga, nadie parece controlar la desbandada, ni Fidel ni sus capitanes Almeida, Raúl y Pepe Smith, pese a los grandes esfuerzos que hace Almeida por mantener unida a su tropa. La dispersión de los supervivientes es otra lección operativa; mientras no exista evidencia de lo contrario, todos vagan sin rumbo, ni los capitanes ni tenientes, es decir, los oficiales tienen instrucciones de saber qué hacer en este caso, quien nadie ha previsto. Los testimonios dicen más de lo que transmiten; en primer lugar, queda claro que Fidel no tenía conocimiento de las patrullas campesinas y sólo conocía a uno de sus dirigentes, los Pérez de la Sierra Maestra. También se entiende que no existía ningún plan de

contingencia en caso de ocurrir lo sucedido, lo que nos lleva a especular si en algún momento el futuro Ejército Rebelde puede tener algo similar a una retaguardia donde pueda replegarse en caso de una derrota. Lo único evidente es que la planificación de la operación se limitó a escoger un lugar de desembarco y coordinar acciones armadas en las ciudades, como cobertura necesaria, pero al fallar la primera parte de la premisa los activistas urbanos no se enteraron del retraso del *Granma* y continuaron con los planes.³³

Al saberse diezmado e incomunicado, Fidel toma una decisión trascendente: acepta a los campesinos y su refugio protector en un terreno desconocido. Gracias a los campesinos ha salvado la vida y puede mostrarse hasta optimista en el futuro; toma lo que tiene y asume riesgos mientras espera, sin duda siempre apuesta alto. El encuentro con los campesinos serranos, sin embargo, no es gratuito ni afortunado. El Movimiento 26 de Julio, por medio de Celia Sánchez, llegó hasta esos lugares, con una base de apoyo sin la cual hubiera sido casi imposible que el núcleo guerrillero sobreviviera. La organización campesina era una realidad cuando Fidel y sus menguadas fuerzas pudieron reagruparse en la finca de Crescencio Pérez, después de la desbandada de Alegría de Pío. Los del *Granma* no dependieron de sus propias fuerzas para reagruparse e iniciar las

³³ El historiador puede darse el lujo de analizar los acontecimientos del pasado, sin peligro para su integridad, por eso puede criticar los errores e insuficiencias con tanta autoridad, como es el caso de una operación militar que ocurrió hace 50 años. Sin embargo, es de llamar la atención un detalle técnico, la falta de un medio de comunicación radial entre el *Granma* y alguna base en Cuba, tal vez Santiago, donde se coordinaba el recibimiento de la expedición. La atención aumenta al comprobar que durante la guerra en la Maestra tampoco existió un medio de comunicación radial entre la comandancia general y los comandantes militares en el campo. Después de Alegría de Pío, Faustino Pérez tiene que “bajar” a Santiago y La Habana para informar de la situación a la organización urbana; en el caso de los comandantes guerrilleros y sus comunicaciones con Fidel, éstas son a lápiz y papel llevados por mensajeros. En los documentos recopilados por Franqui se menciona la instalación de un tendido de cables telefónicos en el campamento de la Plata, pero es de suponer que se limitaba a ese perímetro.

acciones guerrilleras, como tampoco para incrementar el número de efectivos de lo que sería el Ejército Rebelde. Inclusive el trabajo político de Celia Sánchez no hubiera sido posible, sin el amplio conocimiento que tenía de la zona y de sus hombres, en primer lugar, y sin la organización gremial propia de los campesinos de la zona, en segundo término. El prestigio personal de Celia entre los campesinos serranos, así como la participación de familias enteras en actividades logísticas para los rebeldes, explican la facilidad con la cual el Ejército Rebelde pudo reponer fuerzas y emprender acciones militares. Tal es la importancia de la figura de Celia que se convertirá en la mujer más influyente del M-26 y el Ejército Rebelde, por encima de Melba y Haydée Santamaría, las heroínas del Moncada, y de las mujeres de la nueva oleada de Santiago, como Vilma Espín. Su trayectoria hacia el primer círculo del poder se construirá no sólo por la cercanía con Fidel, sino por su capacidad de moverse en el mundo campesino de la Maestra y, al mismo tiempo, ser un enlace indispensable con las provisiones que vienen de Santiago.

Nuevamente las circunstancias se imponen, a partir de ellas se elabora la estrategia y hasta la teoría. Así nacerá la guerrilla campesina que tendrá en el Che Guevara a su Bernal Díaz. Aquí vale la pena hacer un alto para explicar esta situación. Durante los primeros meses del año aún se concebía a la guerrilla como un *instrumento más* para derribar a Batista; no era el instrumento que estaba por encima de otras actividades del movimiento insurreccional, como por ejemplo la acción urbana y su consigna por excelencia: la huelga general. Un cambio aparece en el plano organizativo del M-26 que modifica completamente su estructura cuando la dirección nacional se reúne por primera vez en la Maestra en febrero de 1957. En esta asamblea Fidel introduce a la estructura militar como parte integrante de la dirección —recuérdese que hasta antes del desembarco del *Granma* la dirección nacional estaba integrada por comités pero no contemplaba un aparato militar formal— con repre-

sentación política, que recae en los supervivientes del *Granma*. Es la entrada para los veteranos del Moncada, que hasta entonces se habían movido en un discreto segundo plano, como Raúl, Almeida y Ramiro Valdés, así como a los futuros comandantes, en particular el Che. En la mencionada reunión se establecen las directrices a seguir: impulsar el proceso revolucionario en toda la isla con las acciones urbanas de sabotaje para preparar la huelga general revolucionaria. El golpe definitivo, entonces, vendrá de los centros urbanos. También se acuerda que, desde Santiago, Frank País incrementará las provisiones y enviará un contingente de hombres equipados para nutrir al incipiente cuerpo armado que sobrevivió al desembarco del *Granma*. ¿El aparato militar en las montañas todavía no está preparado para asumir dicha tarea? Todo indica que así es en la medida que la estrategia no sufre modificaciones sustanciales, sin embargo, el cambio en la composición de la dirección nacional del M-26 se irá transformando en un equilibrio por el control del propio Movimiento. Por los testimonios dejados en esta época, al interior del M-26 se vivía una ambigüedad con respecto a la táctica de la insurrección a seguir: la concepción que predominaba era una combinación de levantamiento popular en las ciudades acompañado por golpes al ejército que la guerrilla pudiera dar en el campo, frente a una concepción guerrillera con base campesina que veía con desdén cualquier otra opción que no fuera la insurrección rural.

Los primeros meses de 1957 transcurrieron en reorganizar lo que quedaba de las fuerzas expedicionarias, mientras, el M-26 de las ciudades ponía en marcha, nuevamente, la logística para llevar pertrechos a la Sierra. En febrero, Fidel anunció la reactivación del movimiento al publicitar su “Llamamiento al pueblo de Cuba”, donde reafirma las bases del proceso insurreccional como se había concebido desde la época del Moncada, es decir, con un chispazo militar combinado con un levantamiento popular en las ciudades, pero ahora lo veía a largo plazo, como una guerra prolongada.

La propaganda, en ese sentido, sirvió a Fidel para crear una imagen en torno a la guerrilla y su propia personalidad como líder revolucionario en favor de su nueva opción táctica. En febrero de 1957, el *New York Times*, a través de su reportero Herbert Matthews, realiza la primera entrevista a Fidel en plena Sierra Maestra, logrando un gran impacto propagandístico que hizo de Castro una celebridad internacional.

Después de la entrevista con Matthews, Fidel insiste ante la Dirección Nacional, que todo el Movimiento trabaje para la guerrilla; que la rama urbana se subordine al Ejército Rebelde al recaudar y organizar los recursos hacia la Sierra; Fidel quería un aparato de ayuda, no de lucha. En un comunicado enviado a Celia Sánchez, un enfático Fidel Castro decía: "Todas las armas, todas las balas y todos los pertrechos a la Sierra". Por el contrario, el movimiento en las ciudades, llamado "el Llano", planteaba la necesidad de descentralizar las decisiones, debido al aislamiento de Fidel y la guerrilla en la Sierra, para poder incrementar las acciones de sabotaje en contra del régimen de Batista.

Una lucha interna cada vez más intensa perfilaba con dividir al M-26. Las discusiones entre el "Llano" y la "Sierra" iban más allá de la táctica, era una discusión de estrategia. A mediados de 1957, Frank País envió una extensa carta a Fidel Castro donde anunciaba la necesidad de reorganizar al Movimiento, debido a la confusión reinante, y proponía distribuir responsabilidades para evitar la centralización en la dirección. La intención de País era una redistribución del poder de acuerdo a la importancia y peso de cada una de las ramas en el Movimiento; de esta manera, por ejemplo, la Dirección Nacional del M-26 queda integrada por seis coordinadores provinciales y un representante del Ejército Rebelde, al mismo tiempo que se crean milicias armadas en el país y se redacta un programa mínimo. La propuesta del Llano quitaba cualquier papel estratégico a la guerrilla en el plano militar, mientras que en el político, Fidel era acotado por un programa en lo doctrinal y una dirección donde era minoritaria la voz de la Sierra.

El fracaso de la huelga general, organizada por el Llano el 9 de abril de 1958, dio la oportunidad de ajustar las cuentas en la Dirección Nacional del 26 de Julio. En una decisiva reunión en la Sierra Maestra, en el mes de mayo, la dirigencia del Llano fue literalmente juzgada por la guerrilla, desmantelando a su dirigencia. A partir de esa reunión decisiva, de la cual sólo queda el testimonio público del Che Guevara, Fidel asumirá el control total sobre el Movimiento 26 de Julio en lo político y militar, desde su cargo de Comandante en Jefe.

La comandancia de Fidel dio preponderancia al aparato militar, representado por la guerrilla de la Sierra Maestra, como la táctica para la toma del poder a partir del apoyo campesino. En ese sentido, el guerrillero, con la Sierra Maestra como imagen idealizada al lado del campesino, se convirtió en el nuevo mito fundacional de esta élite. ¿Pero en qué consistió ese mito? Tres fueron los grandes pilares que lo componían y que, posteriormente derivan en parte integrante de una teoría revolucionaria: el voluntarismo, el igualitarismo y el ruralismo. Esta es la primera gran transformación de los valores más profundos, más humanos. Como vimos antes, estos pilares no estaban contemplados en la primera valorización programática del M-26, es decir, en su fórmula política. La experiencia del desembarco y reagrupamiento de los hombres que integraban al *Granma* dio una nueva visión de los mismos a los miembros del movimiento que ahora se consideraban soldados de un ejército con una base social campesina.

El primero de ellos se estableció de inmediato como uno de los grandes mitos revolucionarios cubanos; la lucha por derrocar a un gobierno ilegítimo era obra de la firmeza de un puñado de hombres decididos a llevar a cabo sus ideales, sin importar las consideraciones científicas o materiales.³⁴ No será extraño,

³⁴ En entrevista con otro de sus modernos voceros, Fidel le dirá al respecto: “[...] pienso que sin una dosis de idealismo no se puede ser revolucionario; sin una enorme confianza en el hombre no se puede ser revolucionario. Un escéptico no puede ser

en ese sentido, que para Fidel no hubiera ningún problema que los revolucionarios no pudieran manejar. Para el voluntarismo fidelista, cualquier dificultad podría sortearse si existía intención para ello, siempre y cuando la masa estuviera dispuesta a seguirlos, alimentándose mutuamente; ese será el ejemplo y experiencia de la Revolución cubana: un audaz grupo de jóvenes decididos a llevar a cabo las transformaciones necesarias pueden crear las condiciones para un cambio político de grandes proporciones.

El voluntarismo parte de la comprensión de las desigualdades que afligen a la sociedad y de ese sentimiento humano en favor de las capas más desprotegidas, y de lo que se puede hacer por ellas desde el poder.³⁵ El proceso insurreccional moldea la conciencia de los guerrilleros en las duras condiciones de la lucha armada, al lado de los campesinos con quienes se comparte la misma suerte. El igualitarismo surge como una extensión, basado en estas condiciones y se refleja en una ética revolucionaria que impide cualquier privilegio entre el guerrillero y el campesino. Esta situación condiciona un reclutamiento y ascenso abierto para los más capaces, en este caso, al mejor soldado que pudiera dirigir a sus compañeros en la batalla militar. El igualitarismo está basado en las penalidades y penurias compartidas en la vida diaria. Sin embargo, el igualitarismo, en tanto polí-

revolucionario [...] Si yo lo fuera ¿cómo podría haber mantenido aquellas ideas, propósitos, aquellos planes?». Véase Gianni Minà, *Un encuentro con Fidel*, 2a. ed., La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, pp. 181 y 361.

³⁵ Al delinear el campo político respecto a los partidos tradicionales, en especial el ortodoxo, Castro mostraba esa característica al señalar que “El Movimiento 26 de julio es la esperanza de redención para la clase obrera cubana a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven coma parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de pan para los hambrientos y de justicia para los olvidados”. Véase “Fundación del MR 26 de julio ruptura con la ortodoxia”, en Fidel Castro, *La Revolución Cubana 1953/1962*, 5a. ed., selección y notas de Adolfo Sánchez R., México, Era, 1983, p. 91; también Franqui, *op. cit.*, p. 137.

tica, no significó una medida análoga en la participación de la toma de decisiones, que se mantuvo autoritaria y jerárquica.

Por su parte, el ruralismo es una extensión de lo anterior, por los valores que aporta al proyecto de la construcción de la nueva sociedad. La insurrección cubana encuentra en el campo al depositario de valores y formas de vida que tiene que universalizarse para la parte urbana de la sociedad.

La vida campesina semeja a la del guerrillero por su camaradería, trabajo fuerte y sentido del sacrificio. El ruralismo no es una simple idealización, sino más bien un camino de formación individual y de cambio cultural, orientado a la experiencia directa que modifica la conducta a través de una profunda confrontación personal con la vida y trabajo rurales.

Estos elementos que conformaron la fórmula revolucionaria, no hubieran tenido éxito sin el gran vacío que dejó la quiebra de las instituciones del antiguo régimen; al desmoronarse la clase política³⁶ que representaba al nacionalismo revolucionario, se abrió el camino para una gran experimentación que se reflejó en la flexibilidad y adaptabilidad que mostró el fidelismo desde sus años de formación.³⁷ Era el inicio de la búsqueda de una política de unidad nacional que se vislumbró desde

³⁶ Este aspecto es importante y definirá el futuro político de Cuba, pues ningún partido político u organización insurreccional ajena al M-26 pudo rivalizar con éste y el Ejército Rebelde. La guerra contra el ejército de Batista termina por desmoronar al único pilar que pudo haber cambiado esta situación; ninguna organización política ajena al fidelismo estuvo en condiciones de servir de contrapeso para la reorganización de la sociedad. El Ejército Rebelde es la única instancia organizada en un ámbito nacional para acometer esa tarea una vez que Batista abandonó la isla, pues será el instrumento para hacer valer la nueva legalidad.

³⁷ Un nuevo estilo político apareció, favoreciendo las nuevas formas de hacer las cosas. El propio Fidel diría más tarde que "la revolución es nuestra gran maestra", para explicar el desarrollo de la política revolucionaria; lo importante será empezar las cosas para demostrar el compromiso a través de la acción. No había otra manera, pues así se inició la propia revolución. Fidel pensaba que, de esa manera, por medio del esfuerzo se abrirían posibilidades y recursos que no podían imaginarse siquiera antes de iniciar las tareas. Demasiada especulación previa tendía a erosionar la voluntad y coraje de los revolucionarios.

las guerras de independencia del siglo XIX, al tratar de integrar a una nación. Para los padres de la patria, Céspedes, Maceo, Gómez, Martí, la nación representaba un orden supremo armónico, al cual deberán subordinarse las diferencias inherentes a una sociedad, esto es, sociales, raciales, económicas, etc. Todo cubano que se identificara con la patria, sin importar su origen social o racial, podía acceder a integrar el nuevo orden.